

XII Jornadas “La literatura y la escuela”.

Asociación civil Jitanjáfora.

“Acá siempre es parecido”. Cuatro pasos para un cambio

Eje temático 2. La promoción de la lectura más allá del ámbito escolar. Formas y ámbitos no convencionales en distintos contextos.

Mónica Bibbó

Profesora y Licenciada en Letras (UBA). Se desempeña como docente en Didáctica Especial en Letras (UBA), y dicta dos materias del Profesorado de Lengua y Literatura del IES n°1 “Dra. Alicia Moreau de Justo” en donde también coordina las materias del Trayecto Centrado en la Práctica Docente. Además es profesora en la Licenciatura de Enseñanza de la Literatura en la UNSAM y en la escuela media.

Universidad de Buenos Aires / IES n° 1 “Dra. Alicia Moreau de Justo”

monicabibbo@ymail.com

El plan de estudios del Profesorado en Lengua y Literatura del IES n° 1 “Dra. Alicia Moreau de Justo” cuenta en el Trayecto de la Formación Centrado en la Práctica Docente con tres espacios curriculares referidos a la educación no formal.

Uno de ellos es Práctica y Espacio de Deliberación II, donde los alumnos comienzan pensar y diseñar sus primeros desempeños docentes en un ámbito distinto al de la escuela, que llevarán a cabo con una práctica breve de cuatro o cinco encuentros. Esos lugares, elegidos por alumnos, pueden ser institutos de minoridad, geriátricos, clubes de barrio, sociedades de fomento, bibliotecas para ciegos, o institutos de salud mental. La siguiente experiencia tiene que ver con una de esas prácticas realizada, en este caso, en un hogar de ancianos.

A este hogar llega Virginia, una practicante que se propone llevar adelante un taller de lectura y escritura. En una primera visita se entera de que quienes participarán del taller son siete mujeres y cinco hombres, de entre aproximadamente, 70 y 90 años. A través de una charla informal indaga qué relación tienen con la lectura y a escritura, si les gusta leer, o si habían sido lectores. Y se encuentra con dos dificultades, no todos ven bien como para leer y, a causa de esto, muchos de ellos han perdido el hábito de la lectura que antes tenían, y ninguno está interesado en escribir porque consideran esta actividad difícil y tediosa además de que para eso también tienen dificultades de visión. Sin embargo la propuesta de

un taller los entusiasma, ya que expresan que les daría un a ocupación más, un quiebre a su rutina porque “acá siempre todo es parecido”, dice Alberto.

Virginia que se había propuesto que de alguna manera escribieran, idea una actividad que consiste, luego de leerles un cuento, y conversar sobre él, relacionarlo con algo vivencial y escribirlo. Una propuesta sencilla, ni difícil ni tediosa, cree.

Lleva varias copias de “Capítulo para Laucha”, un cuento de Abelardo Castillo, con letra muy grande por si alguno quiere leer o seguir la lectura.

Como este cuento narra un reencuentro entre dos adultos que tuvieron un romance infantil muchos años atrás y los personajes recuerdan varios momentos y juegos de su infancia, estimó que estos tópicos les resultarían atractivos tanto para expresarse oralmente contando sus recuerdos, como para luego escribir, copiar, en realidad, la anécdota contada por otro compañero.

El objetivo de esta actividad será comenzar con una aproximación a la escritura, sin una consigna demasiado libre o abierta, en el sentido de que se sientan seguros como para contar algo que acaban de escuchar y además ejercitar la 3era persona narrativa.

Pero los abuelos, que habían comenzado animadamente a contar sus juegos de infancia no quieren escribir, rechazan la hoja que ofrece Virginia, incluso quien más entusiasmo había manifestado siguiendo el cuento, enmudece tras no aceptar la temida hoja en blanco. Y hay otros que aún ni siquiera han atrevido a relatar nada.

En sus registros de la práctica, la practicante escribe que estaba satisfecha con el nivel de participación que la actividad había generado, y que se daba cuenta de que sería necesario orientar el taller hacia un espacio de mayor trabajo con la oralidad, y disminuir la pretensión en cuanto a la escritura, por las resistencias que se habían presentado. Esto último en cierta forma hacía fracasar su propuesta y la preocupaba.

Como si escribir fuera necesariamente lo que garantizara el éxito de la apropiación de la lectura, Virginia insiste con la escritura, sin forzar del todo la voluntad y el deseo de los abuelos, pero preocupada ella misma por lograr esa escritura que le asegure algo, que le dé alguna certeza de que su taller está funcionando.

Para destrabar este obstáculo que ella misma se imponía se le sugirió entonces la lectura del libro de Ramón Flecha, *Compartiendo palabras*, quien propone un aprendizaje dialógico, un aprendizaje que requiere explicaciones y relatos. Las explicaciones ayudan a racionalizar y debatir las ideas que lo sustentan. Los relatos permiten vivirlo en situaciones cotidianas e intenta fomentar la predisposición que presenta el grupo hacia el diálogo, y la predilección por la oralidad en particular, para construir un espacio en el que los participantes no queden en el lugar de receptores pasivos de conocimientos, sino que adquieran una postura activa generándolos y donde, tanto lectura como reflexión, sean más profundas para cada uno, al saber que el grupo valorará cada aporte (Flecha, 1997: 18).

Entonces la practicante determina que esta serie de reuniones se orientará a lograr un acercamiento al relato ficcional, con un trabajo no específicamente escrito, aunque no se cierra esa posibilidad. Diferentes textos actuarán como disparadores: leídos por ella, o por alguno que desee tomar ese rol, comentarlos entre todos y ella intentaría guiar cierta exploración del texto en torno a sus elementos ficcionales. Luego charla mediante intentaría lograr una construcción colectiva que se grabaría para ser transcripta.

Para el segundo encuentro y atendiendo a los objetivos planteados, busca un texto que se aleje algo del verosímil realista, "Historia de a manzana misteriosa del Parque Chas", de Alejandro Dolina, un cuento que habla de un manzana de ese barrio cuyas casas no tienen frente y de las que no se puede salir. Tiene la intención de llevar luego la charla al tema de los mitos urbanos, los relatos familiares que pasan de generación en generación y llegar así a las leyendas. Y si nadie llegara recordar ninguna historia incentivaría la participación con imágenes de los personajes de las leyendas del pombero y del coquena.

Cuando finaliza la lectura, los primeros comentarios evidencian que los participantes no perciben los elementos que alejan al cuento de lo realista. Entonces Virginia relee un párrafo: *"En estas experiencias se descubrió que muchos vecinos son incapaces de indicar en qué calle viven. Asimismo existen casas que no dan a ninguna calle. Sus habitantes se alimentan de sus propios cultivos o de lo que generosamente les pasan por sobre las medianeras."* De inmediato uno de los abuelos acota con convicción que eso no es cierto, "porque las casas de Parque Chas no son grandes como para que cultiven todas las cosas atrás". Y una Sra. agrega "Además no se puede vivir pidiéndole cosas al vecino, a lo sumo un poco de azúcar, pero no siempre". Felipe dice a su vez que era imposible que esa parte del relato fuera cierta. La practicante comenta entonces que, si bien era un relato que tomaba elementos que son del orden de la 'realidad' (las características urbanísticas de Parque Chas), Dolina los mezclaba con algunos elementos no verosímiles, como el pasaje ya citado sobre las casas sin frente aparente. Ellos asienten, Felipe dice que era gracioso pensar en vivir pasándose alimentos de vecino a vecino, entonces Virginia aprovecha para recalcar que el humor es una de las posibles estrategias para contar algo de un modo peculiar, muchas veces usado en textos literarios, a diferencia de otros, como los informativos, por ejemplo.

Un abuelo recuerda que cerca de la calle Fitz Roy, en Palermo, pasaba un tren carguero dos veces al día, y que cuando cerraron esas vías, un personaje de su barrio llamado "Chuenga", paseaba con una bolsa vendiendo caramelos. Su compañero de cuarto lo conocía y confirma su existencia.

Otro participante comparte que en su barrio había unas casas muy pegadas y que se decía que si uno estornudaba, se sentía en todas las demás casas". Ríe al finalizar, como imaginando esa posibilidad.

Y un señor que hasta el momento no había participado comenzó a relatar cómo era Parque Chas cuando él era chico, de dónde viene ese mito urbano de que por la diagramación de las calles la gente se pierde, y con distintos aportes de cada uno van revisando la construcción que sobre un mito urbano de un lugar real, Dolina había construido su cuento al que denominan fantasioso, y Virginia aclara que se llama fantástico.

La tallerista muestra entonces los dibujos del pombero y del coquena, para ver si también pueden aportar a la charla con relatos ficcionales y sólo dos de ellos conocen esas leyendas pero en cambio refieren otras.

Podemos notar que en este 'ida y vuelta', en el que los abuelos proponen su interpretación, la charlan, luego la practicante introduce algunas preguntas, y también las van conversando entre todos, se da una relación particular entre los individuos y las prácticas de lectura, la de un vínculo dialéctico en el que los sujetos, a la vez que son indagados y transformados, por las lecturas que efectúan, también modifican al texto, cosa que ocurre cuando intentan buscar un sentido que lo explique, muchas veces recurriendo a su experiencia concreta y personal.

El objetivo del 3er encuentro será que los participantes continúen en el camino de acercamiento a los relatos de ficción, más precisamente, a la construcción de sus personajes.

Planea realizarlo a partir de dos actividades: la lectura y discusión, poniendo énfasis en el personaje principal de un relato ficcional, y la creación de personajes, tomando como punto de inicio diferentes imágenes que va a llevar. Además se prevé el trabajo en pequeños grupos para fomentar más la sociabilidad entre ellos que por lo general es muy escasa. Habían dicho que les gustaba el estilo de Dolina, entonces esta actividad se planteó desde un cuento del mismo autor "La leyenda del volador de Flores". Como es un relato que plantea abiertamente lo fantástico, incluso desde su nombre, el comentario posterior se centra en los elementos inverosímiles de este personaje ubicado en el barrio de Liniers, y poco a poco la tallerista los acerca, a través de preguntas, a compararlo con los personajes de los otros cuentos leídos. Como el personaje de Dolina vuela a una cuarta del suelo, uno de los abuelos explica detenidamente algo que nadie sabía, cómo se mide esa distancia llamada cuarta. Luego Virginia les presenta unas láminas que serán las disparadoras de la construcción de un personaje propio y le pide a cada uno que escoja un dibujo que le den un nombre, una ocupación, rasgos de carácter. etc.

Lo primero que se les ocurre a los abuelos es vincular los dibujos con algún familiar o vecino pero la practicante les sugiere que no se limiten a esa persona conocida, que tomen algún rasgo y le inventen otros, que son libres de hacerlos como quieran porque son sus personajes. Pero como no escriben nada es ella quien toma un fibrón y va anotando en las láminas las características que le van diciendo.

Con esa producción estaba preparándose el último encuentro, el cuarto, en el que esos personajes iban a ser incorporados a otro cuento, a “El almacén de objetos perdidos”. La lectura del cuento deviene rápidamente en comentar qué aspectos son realistas y cuáles no. Dolina sitúa su almacén en la calle Pedernera, y le otorga la particularidad de que sólo se le venden los objetos a quien los haya perdido, y termina el cuento explicando que como ese lugar también había sido perdido finalmente le es restituido a sus antiguos dueños quienes ponen una pizzería.

Los abuelos recuerdan cómo funcionaban las casas de empeño, y Alberto quien había hablado del Parque Chas dice haber conocido una casa de empeños en la calle Pedernera y que efectivamente luego fue un bar. Comparte que iba a ver pianos y otros instrumentos musicales porque él había sido pianista antes de sufrir el ACV que le paralizó una mano. A esta intervención suceden otras y finalmente la tallerista les pide que piensen de qué manera los personajes que habían creado la semana anterior podrían ingresar en este cuento.

La modalidad del dictado parecía haberse ritualizado, así que Virginia va tomando nota de las palabras textuales de cada uno de los participantes que lejos de haberse intimidado como ella temía, muestran gran animación. Incluso alguno propone incluirse él mismo junto con su personaje en la historia, como Alberto, el abuelo que había sido pianista. Él había creado a Rufino, un cantante del que explicó muy bien que era un crooner, un tipo de cantante como Sinatra, que era solterón y vivía con su madre. Para incorporar al cuento propone: *“Yo iba a escucharlo a Rufino, que cantaba en el almacén de objetos perdidos en donde también funcionaba un bar. Un día le faltó el pianista. Entonces yo me paré y dije: ‘Yo voy a ayudarlo, yo toco así que lo voy a acompañar’. Resulta que a veces se olvidaba la letra, eso era lo que perdía, entonces yo se la chillaba. Y salía adelante, y quedó muy agradecido. Terminamos, yo me fui a sentar y él se retiró; los dos, muy aplaudidos”*.

También Alberto es aplaudido por sus compañeros del taller y por Virginia. La rueda de lectura de las demás producciones despierta otras anécdotas, y se escuchan entre ellos con mucho interés sin necesitar de la mediación de la tallerista, algo muy positivo y nuevo en el grupo.

Este es el último día de la práctica de Virginia y como se sienten tan a gusto con ese espacio de lectura y comentario, Alberto, el abuelo pianista, se ofrece ser él quien lleve adelante de ahora en más esas tardes de lectura. Virginia se compromete a proveerlo de material, y los compañeros de la practicante que han seguido semana a semana esta experiencia, se comprometen a su vez a facilitarle las copias impresas de textos digitalizados en letra muy grande, asegurando que esta actividad continúe más allá de los límites de la materia.

‘Acá siempre es parecido’ había dicho Alberto el primer día. Creemos que ahora ya no lo es, tienen muchos de sus recuerdos personales convertidos en historias, y muchas historias por conocer en las futuras tardes de lectura.

Conclusiones:

Vemos que en este diálogo igualitario las personas fueron adquiriendo confianza en sí mismas, participaron sin ser corregidas o censuradas, y pudieron enseñarle algo a los otros (la medida de la cuarta, el crooner, la existencia de los lugares mencionados por Dolina) y aprender mucho conversando entre ellos.

También descubrieron una nueva autoestima generando personajes ficticiales y construyendo un nuevo relato. El diálogo igualitario va despertando inteligencias al ir perdiendo la inhibición y ganando autoconfianza, cosa que no ocurriría si la practicante se hubiera colocado en un lugar de ‘enseñante’ que impone normas y reduce a los participantes al rol de receptores pasivos sobre los que se desarrolla una acción. Finalmente Virginia entiende que no sólo la escritura garantiza la apropiación de conocimientos, que muchas veces la no participación no tiene que ver con la falta de interés, que no hay un único camino para llegar los objetivos propuestos, y que forzar la situación para imponer ese camino daría un rotundo fracaso.

El relato va mostrando cómo la trama de tensiones entre los objetivos de la practicante y los intereses de los participantes se teje y se resuelve de un modo no tan diferente al que podría darse en la escuela, o mejor, cómo los resultados de una práctica llevada a cabo en un hogar de ancianos puede convertirse en un insumo para pensar la práctica docente en un ámbito de educación formal.

“La historia del lector que comienza precozmente, -dice Graciela Montes- cuando no es dueño todavía de la palabra (no digamos ya de la letra), es una historia sin fin. Ni se inicia en la alfabetización ni termina en tercer grado, ni en séptimo, ni en la universidad. La historia de un lector se confunde con su vida. Siempre se estará “aprendiendo a leer”. Y siempre quedarán lecturas por hacer, tapiz por tejer y destejer. También puede haber, de tanto en tanto, algún otro “maestro”, como el de la sociedad del aula, o-decimos nosotros- como un animador de lectura, como Virginia, que nos dé espacio, tiempo y compañía, nos insuffle confianza y nos deje leer.”

Bibliografía

- Castillo, Abelardo**, (1966) *Cuentos crueles*, Buenos Aires, ed. Jorge Álvarez.
- Dolina, Alejandro**, (1988) *Crónicas del Ángel Gris*. Buenos Aires, Ediciones de la Urraca Flecha, Ramón. (1997). *Compartiendo palabras. El aprendizaje de las personas adultas a través del diálogo*. Barcelona, Editorial Paidós.
- Montes, Graciela**, (2007) *La gran ocasión. La escuela como sociedad de lectura*, Bs. As, Plan Nacional de Lectura, Ministerio de Educación Ciencia y Tecnología.